

que desde luego se procediera al escrutinio, el cual fué secreto, quedando excluidos por unanimidad Truguet y Delacroix, á los cuales todos estaban en ánimo de reemplazar. En cuanto á Ramel y Merlin, que querían reemplazar los constitucionales, no tuvieron en contra más que los dos votos de Carnot y Barthelemy, y quedaron repuestos por los de Rewbell, Larevelliere y Barras. Cochón, Petiet y Benezech obtuvieron voto contrario de los que habían sostenido á Merlin y Ramel, quedando así efectuado el plan de reforma que adoptó la mayoría directorial. Carnot, viéndose burlado, quería diferir al menos el nombramiento de los sucesores, diciendo que no estaba preparado para hacer la elección; pero le respondieron agriamente que un director debía estarlo siempre, y que no era justo destituyese un funcionario sin pensar antes en la persona que podría reemplazarle. Obligáronle, pues, á votar en el acto, y fueron nombrados los cinco sucesores por gran mayoría. Conservóse á Ramel en Hacienda y á Merlin en Justicia; nombróse para Estado á Mr. de Talleyrand; para Marina, á un valeroso veterano marino, muy buen gobernante, que era Plevillé Le Peley; para Gobernación, á un letrado distinguido, Mr. Neufchateau, más bien orador que hombre capaz; para la Policía, á Lenoir-Laroche, hombre sabio é ilustrado, que escribía en el *Monitor* buenos artículos de política; y por último, para la Guerra á Hoche, joven y brillante general en quien se había resuelto buscar su apoyo; no tenía la edad exigida por la Constitución ó sean treinta años; pero Larevelliere propuso á sus dos colegas Rewbell y Barras nombrarle, sin perjuicio de reemplazarle dos días después, á fin de granjearse su afecto y dar un ligero testimonio á los ejércitos. Así, pues, todo el mundo concurrió á este cambio, que llegó á ser decisivo, según vamos á ver. Es bastante común ver á los partidos contribuir á un mismo acontecimiento que creen les aprovechará; concurren todos á producirle, pero el más fuerte decide el resultado en su favor. Aunque no hubiese tenido el más irritable orgullo,

Carnot debía estar indignado y creerse burlado por Barras. Los individuos del cuerpo legislativo que habían tomado parte en la negociación corrieron á su casa para obtener todos los detalles de la sesión habida en el Directorio, desencadenáronse contra Barras, tratáronle de tunante y dieron rienda suelta á su indignación. Un suceso aumentó la efervescencia, haciéndola llegar á su colmo: por consejo de Barras, Hoche había puesto en movimiento sus tropas con intención de dirigir las efectivamente á Brest, para detenerlas algunos días en los alrededores de la capital. Eligió la legión de los Francos, mandada por Hubert, la división de infantería Lemoine, la de cazadores de á caballo á las órdenes de Richepanse y un regimiento de artillería, componiendo en todo un total de catorce á quince mil hombres.

La división de los cazadores de Richepanse había llegado ya á la Ferté-Alais, á once leguas de París, y esto era una imprudencia, porque el radio constitucional comprendía doce leguas, y mientras llegaba el momento de obrar, no debía franquearse el límite legal; pero la imprudencia era debida al error de un comisario de guerra que, conociendo la ley, la infringió. A esta enojosa circunstancia agregáronse otras: las tropas, al ver la dirección que se las hacía tomar, y sabiendo lo que pasaba en el interior, no dudaron que se las encaminaba contra los Consejos; los oficiales y soldados decían por el camino que iban á hacer entrar en razón á los aristócratas de París, y Hoche, por su parte, hablábase limitado á decir al ministro de la Guerra que iba á emprender un movimiento general de tropas sobre Brest para llevar á cabo la expedición de Irlanda. Todas estas circunstancias indicaban á los diversos partidos que iba á ocurrir algún acontecimiento decisivo. La oposición y los enemigos del gobierno redoblaban su actividad á fin de parar el golpe que les amenazaba; y el Directorio, por su parte, no descuidó nada para apresurar la ejecución de sus proyectos, asegurando la victoria.

CAPÍTULO X

Concentración de tropas alrededor de París.—Cambios en el ministerio.—Preparativos de la oposición y de los clichinos contra el Directorio.—Lucha de los Consejos con el Directorio.—Proyecto de ley sobre la guardia nacional.—Ley contra las sociedades políticas.—Fiesta en el ejército de Italia.—Manifestaciones políticas.—Augereau se pone á la cabeza de las fuerzas de París.—Negociaciones para la paz con el emperador.—Conferencias de Lila con Inglaterra.—Quejas de los Consejos sobre la marcha de las tropas.—Mensaje enérgico del Directorio sobre este punto.—Divisiones en el partido de la oposición.—Influencia de madama Stael.—Tentativa infructuosa de reconciliación.—Respuesta de los Consejos al mensaje del Directorio.—Plan definitivo del Directorio contra la mayoría de los Consejos.—Golpe de Estado del 18 fructidor.—Invasión de los Consejos por la fuerza armada.—Deportación de cincuenta y tres diputados, dos directores y otros ciudadanos.—Vuelven á ponerse en vigor diversas leyes revolucionarias.—Consecuencias de esta revolución.

La noticia de la llegada de los cazadores de Richepanse y los detalles de su marcha y de sus propósitos llegaron á conocimiento del ministro Petiet el 28 mesidor, el mismo día en que se efectuó el cambio de ministros. Petiet dió aviso á Carnot; y en el momento en que los diputados habían acudido en tropel para exhalar su resentimiento contra la mayoría directorial y manifestar sus quejas á los ministros en desgracia, supieron también la marcha de las tropas. Carnot dijo que el Directorio no había dado orden alguna, que él supiese; que tal vez los otros tres directores habrían tenido una deliberación particular, pero que entonces debía hallarse en el registro secreto; que se aseguraría de ello, y que era preciso no descubrir el hecho hasta haber reconocido si existían órdenes. Sin embargo, era tal la irritación, que no se guardó ningún miramiento.

La cesación de los ministros, la marcha de las tropas y el nombramiento de Hoche en reemplazo de Petiet, no dejaron duda alguna de las intenciones del Directorio. Se declaró que sin duda quería éste atentar contra la inviolabilidad de los Consejos, hacer otro 31 de mayo y proscribir á los diputados fieles á la Constitución. Reuniéronse en casa de Tronçon-Ducoudray, que era uno de los más influyentes en los Ancianos. Los clichinos, según acostumbraban los partidos extremados, habían visto con placer burladas las esperanzas de los moderados, esto es, de los constitucionales, y frustrado su proyecto de formar un ministerio á su gusto. Contemplábanles como engañados por Barras y se reían de la burla; pero, sin embargo, vieron un inminente peligro al saber que se adelantaban tropas. Pichegrú y Villot, sabiendo que se hallaban reunidos en casa de Tronçon-Ducoudray para conferenciar sobre los acontecimientos, pasaron á ella, no obstante que la reunión se componía de hombres de otras ideas. Pichegrú no tenía aún en su mano ningún recurso verdadero, pues el único con que contaba era con las pasiones de los partidos, y era menester presentarse donde ellas se pronunciaban, fuese para observar, fuese para obrar alguna cosa. Hallábanse en esta reunión Portalis, Tronçon-Ducoudray, Lacuée, Dumás, Simeón, Doucet-Pontecoulant, Thibaudeau, Villaret-Joyeuse, Villot y Pichegrú. Alentáronse mutuamente, como era natural;

hablaron de los intentos del Directorio, citaron expresiones de Rewbell, Larevelliere y Barras, que anunciaban tener plan acordado, y dedujeron del cambio de ministerio y de la marcha de las tropas que el plan era un golpe de Estado contra el cuerpo legislativo. Propusieron las más violentas resoluciones, como suspender al Directorio, formarle causa y aun ponerle fuera de la ley; pero para llevar á efecto todo esto, se necesitaba una fuerza, y Thibaudeau, que no participaba del general impulso, preguntó que de dónde se sacaría. Le respondieron que tenían los mil doscientos granaderos del cuerpo legislativo, parte del 21.º regimiento de dragones, mandado por Malo, y la guardia nacional de París; que mientras se reorganizaba esta última, podían enviar á cada barrio de la capital destacamentos de granaderos para reunir á los ciudadanos que se habían armado en vendimiario. Hablaron largamente sin lograr avenirse, como sucede siempre que no hay verdaderos medios. Pichegrú, indiferente y distraído como acostumbraba, hizo algunas observaciones sobre lo insuficiente y arriesgado de los medios propuestos, contrastando su serenidad con el general entusiasmo. Separáronse y volvieron á casa de Carnot y de los ministros depuestos, desaprobando todos los proyectos ideados contra el Directorio. Reuniéronse de nuevo en casa de Tronçon-Ducoudray; pero ya no asistieron allí Pichegrú y Villot. Entregáronse á los mismos desvaríos, y no atreviéndose á recurrir á medios violentos, se contentaron con apelar á los recursos constitucionales, prometiendo pedir la ley sobre responsabilidad ministerial y la pronta organización de la guardia nacional.

En Clichy se declamaba como en todas partes sin hacer nada de provecho; porque si bien había allí pasiones más violentas, tampoco acertaban con los medios. Se echaba especialmente de menos la policía, de la que acababa de separarse Cochón, y se reproducía uno de los proyectos favoritos de la facción, el de quitar la policía de París al Directorio y dársela al cuerpo legislativo, violentando el sentido de un artículo de la Constitución. Al mismo tiempo se proponían confiar la dirección de la policía á Cochón; pero el proyecto era tan osado que nadie se atrevió á hacerlo. Contentáronse con deliberar sobre la edad de Barras, que decían

no tener cuarenta años cuando se le nombró director, y con pedir la organización instantánea de la guardia nacional.

En efecto, el 30 mesidor (18 julio) hubo un gran tumulto en los Quinientos. El diputado Delahaye denunció la marcha de las tropas, y pidió que inmediatamente se diese el informe sobre la guardia nacional. Vituperaron la conducta del Directorio; pintaron espantados el estado de París, la llegada de innumerables revolucionarios conocidos y la nueva formación de los clubs, pidiendo que se pasase á discusión sobre las sociedades políticas. Al día siguiente, 2 termidor (20 julio), se habían adquirido nuevos pormenores respecto á la marcha de las tropas y su número, sabiéndose que en la Ferté-Alais había ya cuatro regimientos de caballería.

Pichegrú leyó su informe sobre la organización de la guardia nacional. Su proyecto estaba concebido en los términos más pérfidos, pues aunque todos los franceses que tuviesen la cualidad de ciudadanos debían ser inscritos en las filas de la guardia nacional, no todos debían componer su fuerza efectiva. Los guardias nacionales para el servicio debían ser elegidos por los demás, es decir, por el total, y de este modo quedaba formada la guardia nacional, como los Consejos, por las juntas electorales, y el resultado de las elecciones indicaba la especie de guardia que por este medio se obtendría. Debían formarla un batallón por cantón, cada uno de ellos con una compañía de granaderos y cazadores, por cuyo medio restablecíanse aquellas compañías elegidas en que se agrupaban todos los hombres más pronunciados, de quienes se servían ordinariamente los partidos para la ejecución de sus planes. Queríase votar el proyecto inmediatamente, y el fogoso Enrique Lariviere pretendió que todo anunciaba otro 31 de mayo. «¡Nada de eso!, ¡nada de eso!», le gritaron interrumpiéndole algunas voces de la izquierda. «Sí, replicó, pero yo me tranquilizo al pensar que nos hallamos en el 2 termidor, y que pronto estaremos en el 9, día fatal para los tiranos.» Quería que se votase el proyecto inmediatamente, y se enviase un mensaje á los Ancianos para que no levantasen la sesión y pudiesen votar en la misma; pero la proposición fué impugnada. Thibaudeau, jefe del partido constitucional, observó con razón que por más actividad que se emplease, la guardia nacional no se organizaría antes de un mes; que la precipitación en votar un importante proyecto sería por tanto inútil para resguardar al cuerpo legislativo de los riesgos que le amenazaban; que la representación nacional debía ceñirse á sus derechos y no traspasar su dignidad ni buscar su fuerza en medios á la sazón impotentes. Propuso una discusión más tranquila, y se aplazó por veinticuatro horas el examen del proyecto, decretando, sin embargo, desde luego el principio de la reorganización. Al mismo tiempo llegó un mensaje del Directorio, que daba ciertas explicaciones sobre la marcha de las tropas; y en él se decía que como se encaminaban á un punto muy distante, habían tenido que pasar por las inmediaciones de París; que por inadvertencia de un comisario de guerra habían traspasado el límite constitucional, y que el error de este comisario era la única causa de haber infringido las leyes; pero que las tropas habían recibido orden para retroceder desde luego. No se contentaron con esta explicación; gritaron de nuevo

con extremada violencia, nombrando una comisión para examinar aquel mensaje y dar un informe sobre el estado de París y la marcha de las tropas. Al día siguiente empezaron á discutir el proyecto de Pichegrú y votáronse cuatro artículos, pasando después á tratar de los clubs, que por todas partes se renovaban y parecían anunciar la reunión del partido jacobino. Se quería prohibirlos absolutamente, porque las leyes que los limitaban se eludían siempre, y se decretó al efecto que en lo futuro no se permitiera el restablecimiento de ninguna sociedad política. Así, pues, la sociedad de Clichy se suicidó, consintiendo en no existir, con tal de aniquilar el círculo constitucional y los demás clubs subalternos que se formaban en todas partes. Los jefes de Clichy no necesitaban en efecto de aquella tumultuosa reunión para entenderse, y podían sacrificarla sin privarse de un gran recurso. Villot denunció después á Barras por no tener la edad exigida por la Constitución en la época en que se le nombró director; pero comprobados los registros de la guerra, demostróse la falsedad del aserto. Entretanto habían llegado otras tropas á Reims, y cundió de nuevo la alarma. Habiendo repetido el Directorio las mismas explicaciones, declaráronse todavía insuficientes, y la comisión ya nombrada continuó con el encargo de practicar averiguaciones é instruir un informe.

Hoche había llegado á París, porque érale preciso pasar por la capital, bien para ir á Brest, ó para dar un golpe de Estado; y presentóse sin temor al Directorio, seguro de que haciendo marchar sus divisiones había obedecido á la mayoría directorial. Sin embargo, Carnot, que en aquel momento era presidente del Directorio, trató de intimidarle; preguntóle en virtud de qué orden había obrado, y le amenazó con una acusación por traspasar los límites constitucionales. Desgraciadamente Rewbell y Larevelliere, que no tenían conocimiento de la orden dada á Hoche, no podían acudir en su auxilio, y Barras, que la había expedido, no osó tomar la palabra; por esto Hoche quedó expuesto á las repetidas preguntas de Carnot. Contestó que no podía ir á Brest sin tropas, á lo cual repuso Carnot que aun había cuarenta y tres mil hombres en Bretaña, número suficiente para la expedición. Sin embargo, viendo Larevelliere el apuro de Hoche, acudió por fin á su ayuda; expresóle en nombre de la mayoría del Directorio el aprecio y confianza que habían merecido sus servicios; le aseguró que no era cuestión de acusarle, é hizo levantar la sesión. Hoche corrió después á casa de Larevelliere para darle las gracias; allí supo que Barras no había dado cuenta á Rewbell ni á Larevelliere del movimiento de las tropas, sino que expidió la orden por su autoridad propia; y entonces indignóse contra Barras, que después de haberle comprometido, no tuvo valor para defenderle. Era evidente que al proceder Barras de por sí, sin avisar á sus dos colegas, había querido tener él solo á mano los medios de ejecución. Indignado Hoche trató á Barras con su acostumbrada altivez, manifestando todo su aprecio á Rewbell y Larevelliere. Nada estaba dispuesto aún para la ejecución del proyecto que meditaban los tres directores, y al llamar á Hoche, Barras le había comprometido inútilmente. Hoche volvió en seguida á su cuartel general, que estaba en Wetzlar, é hizo acantonar las tropas que

trajo consigo en los alrededores de Reims y de Sedán, donde estaban aún en disposición de marchar sobre París. Muy disgustado de la conducta que Barras había observado con él, hallábase sin embargo dispuesto á sacrificarse aún si Rewbell y Larevelliere le daban la señal. Estaba muy comprometido; hablábase de acusarle; mas esperaba con firmeza en medio de su cuartel general lo que la mayoría de los Quinientos, desencadenada contra él, quisiera emprender. Como su edad no le permitía aceptar el ministerio de la Guerra, fué llamado Scherer para ocupar su puesto.

El escándalo que acababa de ocurrir no permitía ya emplear á Hoche en la ejecución de los proyectos del Directorio, y por otra parte, la importancia que iba á darle semejante participación podía excitar la envidia de los otros generales. Era imposible que á Bonaparte no le pareciese mal que no se dirigieran á él; pero pensó que sería mejor no servirse de uno de los generales en jefe y llamar á uno de los de división más distinguidos. En su consecuencia se imaginó pedir á Bonaparte uno de aquellos generales que habían llegado á ser tan célebres bajo sus órdenes, lo cual ofrecería la ventaja de satisfacerle personalmente y no resentir tampoco á ninguno de los generales en jefe; pero mientras se pensaba en dirigirse á él, intervenía á su vez en la contienda de una manera terrible para los contrarrevolucionarios y que también debía inquietar al Directorio. Eligió el aniversario del 14 de julio, correspondiente al 26 mesidor, para dar una fiesta á los ejércitos y hacer redactar mensajes sobre los acontecimientos que se preparaban. Dispuso que se erigiera en Milán una pirámide, la cual fué adornada con trofeos y los nombres de todos los soldados y oficiales muertos durante la campaña de Italia, y alrededor de esta pirámide celebróse la fiesta, que fué magnífica. Bonaparte asistió personalmente, y dirigió á sus soldados una amenazadora proclama, concebida en estos términos:

«Soldados: Hoy es el aniversario del 14 de julio. Ante vosotros veis los nombres de nuestros compañeros de armas, muertos en el campo del honor por la libertad de la patria: ellos os han dado el ejemplo. Todos vosotros pertenecéis enteramente á la república; debéis consagraros á la felicidad de treinta millones de franceses y á enaltecer la gloria de ese nombre que ha recibido nuevo brillo con vuestras victorias.

«¡Soldados! Sé que os afectan profundamente las desgracias que amenazan á la patria; pero éstas no pueden ser verdaderas, porque los mismos hombres que la hicieron triunfar de la Europa coligada están aquí. De Francia nos separan las montañas; pero si necesario fuese, las franquearíais con la rapidez del águila para mantener la Constitución, defender la libertad y proteger á los republicanos.

«Soldados: El gobierno vela sobre el depósito de las leyes que se le confió. Desde el momento mismo en que los realistas se presenten, dejarán de existir. ¡Vivid tranquilos, y juremos por los manes de los héroes que murieron junto á nosotros por la libertad, juremos por vuestras banderas guerra implacable á los enemigos de la república y de la Constitución del año III!»

Hubo después un banquete en que los generales y oficiales pronunciaron los brindis más enérgicos. El general en jefe dedicó el primero á los intrépidos Stengel,

Laharpe y Dubois, muertos en el campo del honor. «¡Ojalá pudieran sus manes, dijo, velar alrededor de nosotros y preservarnos de las emboscadas de nuestros enemigos!» Después se pronunciaron otros brindis por la Constitución del año III, por el Directorio, el Consejo de los Ancianos, los franceses asesinados en Verona, la reemigración de los emigrados, la unión de los republicanos franceses y la supresión del club de Clichy; al pronunciar este último brindis, se tocó el paso de ataque. En todas las ciudades donde había divisiones del ejército diéronse fiestas semejantes, y se celebraron con el mismo aparato. Después se redactaron en cada división mensajes más significativos aún que la proclama del general en jefe; éste había usado de cierta dignidad en su lenguaje; pero en los escritos de las diversas divisiones del ejército ostentóse todo el estilo jacobino del 93, señalándose sobre todo por este concepto las divisiones Massena, Jourbert y Augereau. Esta última fué principalmente la que traspasó todos los límites. «¡Oh conspiradores, decía, temblad! Del Adige y del Rhin al Sena no hay más que un paso. ¡Temblad! Vuestras iniquidades están contadas y el castigo en la punta de nuestras bayonetas.»

Miles de firmas llenaron estos mensajes, remitidos después al general en jefe, quien los reunió y envió al Directorio con su proclama, para que se imprimiesen y publicaran en los periódicos. Semejante paso significaba con harta claridad que estaba dispuesto á marchar para combatir á la facción formada en los Consejos, prestando su auxilio á fin de realizar el golpe de Estado. Al mismo tiempo, como no ignoraba que el Directorio estaba dividido y veía complicarse la escena, deseando estar al corriente de todo, eligió á uno de sus ayudantes de campo, Mr. de Levalette, en quien tenía toda su confianza y que estaba dotado de la penetración necesaria para juzgar de los acontecimientos; hizole marchar á París con orden de observarlo todo, y encargóle que ofreciese fondos al Directorio, en el caso de que los necesitara para llevar á cabo algún acto de vigor.

Cuando el Directorio recibió estos mensajes, vióse en gran apuro, pues eran en cierto modo ilegales, porque los ejércitos no podían deliberar. Admitirlos y publicarlos era autorizar á los ejércitos á intervenir en el gobierno del Estado, entregando la república á la fuerza militar. Pero ¿podía evitar este peligro? Al dirigirse á Hoche, al pedirle tropas, al solicitar de Bonaparte un general, ¿no había provocado esta intervención el mismo gobierno? Preciso á recurrir á la fuerza y á violar la legalidad, ¿podía buscar otro apoyo que no fuese el de los ejércitos? Aquellos mensajes no eran sino la consecuencia de lo que se había hecho, de lo que fué preciso hacer. Tal era el destino de nuestra desgraciada república, que para substraerse de sus enemigos veíase precisada á entregarse á los ejércitos. El temor de la contrarrevolución fué lo que en 1793 precipitó á la república en los excesos y los furiosos cuya triste historia hemos visto; el temor de la contrarrevolución era el que hoy la obligaba á echarse en brazos de los militares; en una palabra, para huir siempre del mismo peligro apelaba tan pronto á las pasiones como á las bayonetas.

Bien hubiera querido el Directorio ocultar aquellos mensajes y no publicarlos, á fin de no dar un mal ejemplo. Pero habría resentido terriblemente al general, ex-

citándole tal vez á pasarse á los enemigos de la república. Vióse, pues, obligado á imprimirlos y darlos á luz. El partido de los clichinos se espantó, y pudo comprender cuán grande había sido su imprudencia al censurar por la proposición de Dumolard la conducta del general Bonaparte en Venecia. Los mensajes produjeron nuevas quejas en los Consejos; se protestó contra aquella intervención de los ejércitos; díjose que no debían deliberar, y se vió en esto una nueva prueba de los proyectos imputados al Directorio.

Bonaparte puso en un nuevo apuro al gobierno por la elección del general que le envió. Augereau producía en el ejército una especie de agitación por la violencia de sus opiniones, en un todo dignas del arrabal de San Antonio; mostrábase siempre dispuesto á disputar con cualquiera que no fuese tan violento como él, y Bonaparte temía un choque entre los generales. Para desembarazarse de él envióle al Directorio, pensando que sería muy bueno para el uso á que se le destinaba, y que se hallaría mejor en París que en el cuartel general, donde la ociosidad le hacía peligroso. Augereau no deseaba otra cosa, pues agradábase tanto las agitaciones de los clubs como los campos de batalla, y no era tampoco insensible el atractivo del poder. Marchó en el acto, y llegó á París á mediados de termidor; mientras Bonaparte escribía á su ayudante de campo Lavalette, diciéndole que le enviaba á Augereau porque no podía tenerle ya en Italia, recomendábale que no se fiara de él, y que continuase sus observaciones conservándose siempre aislado. También le prevenía que se manifestase deferente con Carnot, pues al pronunciarse de una manera decidida por el Directorio contra la facción contrarrevolucionaria, no quería intervenir para nada en la contienda personal de los directores.

El Directorio quedó muy poco satisfecho con la presencia de Augereau: este general convenía muy bien á Barras, quien se rodeaba de los jacobinos y de los patriotas de los arrabales, y estaba hablando siempre de montar á caballo; pero no podía avenirse con Rewbell ni Larevelliere, que hubieran querido un general prudente y juicioso, que en caso de necesidad hubiese podido hacer causa común con ellos contra los proyectos de Barras.

Augereau estaba muy contento de verse en París con semejante comisión: era un buen hombre, excelente soldado y corazón generoso, pero fanfarrón y mala cabeza; paseábase por París, recibiendo agasajos y gozando de la celebridad que merecía por sus hazañas; pero al atribuirse una parte de las operaciones del ejército de Italia, inducía á creer que había inspirado al general en jefe sus más grandiosas resoluciones, y repetía á cada momento que él iba á hacer entrar á los aristócratas en razón. Larevelliere y Rewbell, muy enojados por aquella conducta, resolvieron hablarle, y dirigiéndose á su vanidad, inducirle á ser más comedido. Larevelliere le halagó mucho, y pudo subyugarle, ya con diestras lisonjas, ya con el respeto que le supo inspirar: hizole comprender que no debía desacreditarse por una sangrienta jornada, sino adquirir el título de salvador de la república por un acto enérgico y prudente que desarmase á las facciones sin derramar sangre; calmó completamente á Augereau, y pudo conseguir que fuese más razonable.

Acto continuo se le confirió el mando de la 17.ª división militar, que comprendía á París, nuevo hecho que indicaba bastante las intenciones del Directorio, acordadas ya. Las tropas de Hoche se hallaban á pocas jornadas, y bastaría una señal para que se presentasen: esperábanse sólo los fondos prometidos por Bonaparte, y los cuales no se querían tomar de las cajas, para no comprometer al ministro Ramel, tan cuidadosamente vigilado por la comisión de Hacienda. Estos fondos estaban destinados en parte á ganar los granaderos del cuerpo legislativo, entonces en número de mil doscientos, y que sin ser temibles, podrían oponer resistencia, empeñando una lucha, que era lo que principalmente se quería evitar. Barras, siempre fecundo en intrigas, se había encargado de este asunto, y era el motivo que hacía diferir el golpe de Estado.

Los acontecimientos del interior ejercían la más funesta influencia en las negociaciones más importantes, comenzadas entre la república y las potencias de Europa. La implacable facción, conjurada contra la libertad y el reposo de Francia, iba á agregar á todos sus desaciertos el de comprometer la paz tanto tiempo esperada. Lord Malmesbury había llegado á Lila; y los ministros austriacos se avistaron en Montebello con Bonaparte y Clarke, que eran los dos plenipotenciarios encargados de representar á Francia. Los preliminares de Leoben, firmados el 29 germinal (19 abril), prevenían que hubieran dos congresos, uno general en Berna, para la paz con el emperador y sus aliados, y otro particular en Rastadt, para la paz con el Imperio; que la paz con el emperador se concluyera antes de tres meses, so pena de ser considerados como nulos los preliminares, y que no se haría nada en los Estados venecianos sino de concierto con Austria; pero que las provincias venecianas no serían ocupadas por el emperador hasta después de la celebración de la paz.

Los acontecimientos de Venecia parecía que derogaban alguna de estas condiciones, y el Austria se había apresurado á anularlas más formalmente por su parte, haciendo ocupar las provincias venecianas de Istria y la Dalmacia. Bonaparte no se dió por entendido de esta infracción de los preliminares, para ahorrarse de cargos respecto de lo que había hecho en Venecia y de lo que iba á hacer en las islas de Levanté. El canje de las ratificaciones se verificó en Montebello, cerca de Milán, el 5 pradiel (24 mayo). El marqués de Gallo, ministro de Nápoles en Viena, era el enviado del emperador; y después del canje de las ratificaciones, conferenció Bonaparte con Mr. de Gallo, con ánimo de que renunciase éste á la idea de un congreso en Berna, reduciéndole á tratar aisladamente en Italia, sin que intervinieran las demás potencias. Las razones que tenía que dar, por interés mismo del Austria, eran excelentes. ¿Cómo habían de consentir Rusia é Inglaterra, si acudían á este congreso, que el Austria se indemnizase á expensas de Venecia, cuyas posesiones codiciaban ellas mismas? Ni era posible, ni el interés del Austria, como tampoco el de la pronta terminación, exigía que se retardase tanto tiempo ni se conferenciase en otra parte que en Italia.

Mr. de Gallo, hombre razonable y sagaz, comprendía la fuerza de estas razones, y para decidirle á inclinar á sus miras al gabinete austriaco, Bonaparte hizo una concesión de etiqueta, á la cual daba suma importancia el

gabinete de Viena. El emperador temía que la república quisiese suprimir el antiguo ceremonial de los reyes de Francia, y exigiese la alternativa en el protocolo de los tratados. El emperador quería ir nombrado siempre el primero, y que sus embajadores tuviesen la preferencia sobre los de Francia. Bonaparte, que había sacado autorización del Directorio para ceder en estas fruslerías, se avino á lo que Mr. de Gallo solicitaba, y fué tal el placer que dió con esto, que inmediatamente adoptó Mr. de Gallo el principio de una negociación separada en Monte Bello y escribió á Viena para obtener poderes al efecto; pero el anciano Thugut, achacoso, irritable y muy apegado al sistema inglés, que presentaba á cada momento su dimisión, desde que la corte, manejada por el archiduque Carlos, parecía inclinarse á contrario sistema, llevaba otras miras. Veía disgustado la paz, y las luchas intestinas de Francia le infundían esperanzas, á que se entregaba gustoso, á pesar de que tantas veces le habían salido fallidas. Aunque el haber creído á los emigrados costase al Austria mucho dinero, muchas medidas desacertadas y una guerra desastrosa, la nueva conspiración de Pichegrú hizo concebir á Thugut la idea de diferir la conclusión de la paz. En su consecuencia, resolvió oponer estudiadas demoras á las instancias de los plenipotenciarios franceses; hizo desautorizar al marqués de Gallo, y dispuso que saliera para Monte Bello un nuevo negociador, el mayor general conde de Meerweldt. Este agente llegó el 1.º mesidor (19 junio) y pidió la ejecución de los preliminares, es decir, la reunión del congreso de Berna.

Indignado Bonaparte por aquel cambio de sistema, dió una contestación de las más enérgicas, repitiendo todo cuanto había dicho acerca de la imposibilidad de obtener de Rusia é Inglaterra la adhesión al arreglo cuyas bases se habían estipulado en Leoben; añadió que un congreso llevaría consigo nuevas demoras; que habían transcurrido dos meses desde los preliminares de Leoben; que, según éstos, debía concluirse la paz en tres, y que sería imposible celebrarla en este plazo si se apelaba á todas las potencias. A estas razones no supieron qué contestar los plenipotenciarios austriacos; la corte de Viena pareció ceder, y señaló para las conferencias la ciudad de Udina, en las provincias venecianas, á fin de que el lugar de la negociación estuviese más próximo á Viena. Debieron volver á empezarse el 13 mesidor (1.º de julio), y Bonaparte, á quien retenían en Milán cuidados de la mayor importancia, en medio de las nuevas repúblicas que iba á fundar, y que, por otra parte, procuraba vigilar de cerca los acontecimientos de París, no quería dejarse llevar inútilmente á Udina para ser burlado por Thugut. Envio á Clarke, y declaró que no asistiría personalmente hasta que se hallase convenido, por la naturaleza de los poderes dados á ambos negociadores y por el modo de conducir la negociación, de la buena fe de la corte de Viena.

En efecto, no se engañaba, pues este gabinete, más burlado que nunca por los miserables agentes de la facción realista, se lisonjeaba de que iba á verse dispensado por medio de una revolución de tratar con el Directorio, y puso notas extravagantes para el estado de la negociación. En estas notas de fecha 30 mesidor (18 de julio) se anunciaba que la corte de Viena quería atenerse rigurosamente á los preliminares, y por consiguiente

tratar de la paz general en Berna; que la tardanza de tres meses, que los preliminares fijaban para la conclusión de la paz, no podía entenderse más que desde el día de la reunión del congreso; porque de lo contrario, no hubiera sido bastante para quedar pactada; y por consecuencia, la corte de Viena persistía en observar el contenido de los preliminares y pedía un congreso general de todas las potencias. Estas notas contenían además amargas quejas sobre los acontecimientos de Venecia y Génova, sostenían que semejantes acontecimientos eran una grave infracción de los preliminares de Leoben y que Francia debía dar una satisfacción.

Al recibir tan extrañas notas, Bonaparte se dejó llevar de la cólera: su primera idea fué reunir en el acto á todas las divisiones del ejército, tomar de nuevo la ofensiva y avanzar otra vez sobre Viena para exigir condiciones menos moderadas que en Leoben; pero el estado interior de Francia y las conferencias de Lila le contuvieron, y pensó que en aquellas graves circunstancias se debía dejar al Directorio, que se hallaba en el centro de todas las operaciones, el cuidado de resolver la conducta que debería observarse. Contentóse, pues, con que Clarke redactara una enérgica nota, la cual decía en substancia que no era ya tiempo de pedir un congreso, cuya imposibilidad habían reconocido los plenipotenciarios austriacos y al que la corte de Viena renunciaba al señalar Udina para las conferencias; que este congreso no tenía ya razón de ser, puesto que los aliados de Austria se separaban de ella, manifestando la intención de tratar aisladamente, lo cual estaba probado por las conferencias de Lila; que el plazo de tres meses no podía entenderse sino á partir del día de la firma en Leoben, pues de otro modo, y difiriendo la apertura del congreso, las tardanzas podían ser eternas, lo cual había querido impedir Francia al fijar un término definitivo; que los preliminares no habían sido violados por la conducta observada respecto á Venecia y Génova; que estos dos países pudieron cambiar su gobierno sin que á nadie le pareciese mal; y que por lo demás, al invadir Istria y la Dalmacia contra todos los convenios escritos, Austria había infringido de diverso modo los preliminares. Después de haber contestado así de una manera firme y digna, Bonaparte se remitió en todo al Directorio, y esperó sus órdenes, recomendándole que se decidiera cuanto antes, porque importaba no esperar el invierno para emprender de nuevo las hostilidades si llegaba á ser esto necesario.

En Lila se condujo con mejor buena fe la negociación entablada, lo cual debe parecer singular, puesto que era con Pitt con quien los negociadores franceses debían entenderse; pero Pitt estaba verdaderamente atemorizado por la situación de Inglaterra, no contaba ya de ningún modo con el Austria, no tenía confianza alguna en las falsedades de los agentes realistas y quería tratar con Francia antes que fuese más fuerte y exigente por la paz con el emperador. Si el año anterior se había sólo propuesto eludir, para satisfacer la opinión, impidiendo un arreglo respecto á los Países Bajos, este año quería sinceramente tratar, aunque la paz no se hiciese más que por dos ó tres años. Aquel puro inglés no podía consentir, en efecto, en dejar definitivamente los Países Bajos á Francia.

Todó probaba su sinceridad, así la elección de lord